E

l sonido del teléfono rompió de improviso el silencio de mi habitación. Mi mano pálida y perezosa apareció de debajo del edredón de rayas blancas y negras y buscó con torpeza el terminal por encima de la mesita de noche. Tras varios intentos fallidos, finalmente logré topar con el mismo y sopesé seriamente mis posibilidades: Estrellarlo contra la pared o, por el contrario, conformare con responder la llamada.

—¿Sí? —opté finalmente por contestar.

No obstante, mi voz sonó más bien como un murmullo casi imperceptible, puesto que era presa aún del más profundo y reparador sueño.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido? —me interrogó sin ninguna amabilidad el interlocutor de aquella llamada.

Sin necesidad de volver a escucharle deduje sin vacilar de quién se trataba. Podía reconocer su voz entre un millón, puesto que me había pasado veintiocho años de mi vida escuchándola en aquel mismo tono. Por esa sencilla razón y por otras que de momento prefería no mencionar, sabía que se trataba del ilustre juez Andru du Louvre.

¡Cualquier adjetivo le hacía más justicia que no llamarlo simplemente, papá!

Aturdida por aquel contratiempo y también contrariada por los desagravios que sabía que me podía traer aquella llamada, me incorporé bruscamente en la cama, sin dejar tiempo al riego sanguíneo a llegar hasta mi cabeza. En consecuencia, me mareé inevitablemente.

Mi corazón palpitaba desbocado, golpeando mi pecho con fuerza, e inmediatamente después comenzó a faltarme el aire. En parámetros médicos, estaba sufriendo una crisis de ansiedad, y no era precisamente una reacción exagerada, ya que conocía lo suficiente a mi progenitor como presagiar que se mostraría reacio a escuchar mis alegatos.

Antes de mediar palabra alguna y mientras adaptaba mis sentidos a la luz del día, busqué el reloj despertador por encima de mi mesita de noche. Por alguna razón no había sonado, aunque también cabía la posibilidad de que me hubiese olvidado de programar la alarma. El caso fue que para cuando lo encontré, mis ojos terminaron de abrirse por completo.

—¡Joder! —exclamé sin ninguna moderación—. Lo siento Andru, tuve guardia doble ayer y…

—¡Déjate de excusas! —Exigió tajante—. ¡Haz el favor de aparecer inmediatamente! ¡Debí imaginar que harías lo imposible por no venir!

—¡No seas injusto! ¡Te estoy diciendo la verdad! —traté de defenderme de sus conjeturas infundadas—. En el hospital falta personal y a los pocos que quedamos nos toca doblar las guardias.

Sin embargo, el padre no escuchaba y para el juez cualquier alegato no era más que una excusa demasiado pobre, por lo que no dio su brazo a torcer, por el contrario, prosiguió deshaciéndose en elogios hacia mí.

—Pobre Rowan, patrona de las causas perdidas… —comenzó a ensañarse con sarcasmo—. ¡La grandeza de su alma siempre reside en ayudar a los más desfavorecidos! ¡Amar al prójimo como buena samaritana y, sin embargo, siempre dispuesta a abochornarme y ponerme en evidencia!

—-¡Juez y verdugo! No podía ser de otra manera… —rebatí dolida por su derroche de cinismo, incapaz de seguir escuchándole—. ¡Me declaro culpable de los cargos que se me imputan, aunque tampoco habría estado de más que, por una sola vez, te hubieras molestado en contemplar un posible caso de enajenación transitoria, debido al consumo masivo de alcohol y estupefacientes!

—¡Al parecer debí invertir mucho más en tu educación!

—¿Y menos en mujeres?

—¡No deberías morder la mano que te alimenta!

—¡Ni tu tratar de darme lecciones de humildad y respeto cuando eres el primero que no predica con el ejemplo! —concluí visiblemente irritada—. ¿Pretendes que me ciña a un protocolo disciplinario que tu ni siquiera te has molestado en contemplar jamás? ¡Pues creo que lo mejor va a ser declinar tu invitación para almorzar, puesto que ya ni siquiera recuerdo si los cubiertos se utilizan de dentro para afuera o si es a la inversa! Pero no sufras, que estoy totalmente convencida de que tus colegas asimilarán mi ausencia enseguida, teniendo en cuenta que es nada menos que la mano del ilustre señor du Louvre del Tribunal Supremo, la que como dices, me alimenta.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo te atreves tú? ¡Deja de juzgarme! ¡No soy como esa pandilla de usurpadores y viejos lascivos a los que llamas amigos! ¡No puedes pretender comprarme para pasearme en público y así acallar a las masas! ¡Acepta de una vez que tú y yo nos distanciamos desde la muerte de mamá!

Sus argumentaciones, siempre tan ególatras, habitualmente lograban sacarme de mis casillas, pero en esta ocasión además, había encontrado la horma de mi zapato, y claro está, ya era demasiado tarde para pretender contenerme.

—¡Te exijo que vengas o enviaré a Paul a buscarte, insensata!

—¡No puedes obligarme a ir! ¡No tienes jurisdicción sobre mí!

—¡No intentes ponerme a prueba! —me increpó desafiante—. ¡Todavía no sabes de qué soy capaz!

—¡Qué pases un buen día! —exclamé a modo de despedida poco antes de finalizar la llamada—. Aunque sinceramente, me da igual lo que hagas…

Inmediatamente después de pulsar el botón de fin de llamada, el teléfono comenzó a sonar de nuevo. Casi había olvidado lo insistentemente molesto que podía resultar Andru cuando no se cumplían sus expectativas. Evidentemente no tenía intención ninguna de descolgar y comenzar de nuevo con aquella guerra semántica, para ver quién hacía más daño a quien. Por el contrario, lancé el aparato contra la pared, estrellándose contra el suelo poco después. Solo entonces dejó de sonar. Unos segundos después de mi arrebato de ira me arrepentí de haberlo tirado, puesto que era ya el tercer teléfono que fulminaba literalmente en lo que iba de año.

Era evidente que Andru conocía la fórmula exacta para hacerme sentir desdichada, y lamentablemente lo conseguía con demasiada facilidad. A estas alturas de mi sufrida existencia todavía me sorprendía el hecho de no tener el valor suficiente de dejar sonar la llamada cuando reconocía su número, en lugar de contestar al teléfono como si me fuera la vida en ello.

¡Si cada vez que lo hacía, el aparato me diera una descarga bestial!...

Tras la tormenta opté por tranquilizarme y dejar de flagelarme, aunque la disputa familiar había logrado inquietarme y resultaba difícil volver a conciliar el sueño. Sin embargo, debía ser realista y centrarme en el hecho de que se trataba de mi único día de libertad condicional tras la guardia doble del día anterior en el hospital, y quizás lo más oportuno era levantarse.

Deambulé descalza por el suelo de parquet color nogal de mi dormitorio, sorteando con una agilidad que generalmente no me caracterizaba, la ropa que la noche anterior había quedado esparcida por el mismo.

Era perfectamente consciente de que aquel desorden no decía demasiado a mi favor…

Pese a que el invierno había llegado este año con mucha frío, sentía calor, y eso que tampoco había estado abusando de la calefacción e iba más bien escasa de ropa. Una camiseta de tirantes finos y una braguita a juego, conformaban mi improvisado pijama. No era que sintiese aversión por la ropa de dormir, ni mucho menos, pero después de cuarenta y ocho horas de jornada intensiva, ¿quién invertía tiempo en pensar en semejantes trivialidades?

Dirigí mis pasos al cuarto de baño con la intención de asearme antes de programar el día, sin embargo, una vez allí, opté por explayarme y convertir la ducha rápida que había planeado en un principio, en un relajante baño por todo lo alto.